

XXVI

Milagros de Nuestra Señora de Lourdes

Obranse sin interrupción, por decirlo así, milagros de toda clase, ora en la gruta, ora lejos de ella, por el uso del agua de la Santísima Virgen, ó bien por la sola invocación de Nuestra Señora de Lourdes. «Son tantos, que ya no los contamos,» me decía hace poco el excelente Superior de los misioneros.

Cuando el señor Laurence pronunció su juicio, hizo publicar al mismo tiempo la relación de siete curaciones, todas del solo año 1858, y que habían sido reconocidas por *absolutamente milagrosas* por los médicos de la Comisión. Hemos ya referido tres: la curación repentina del ojo del pobre Luis Bourriette; la casi resurrección del niño Justino; la curación instantánea de las llagas y enfermedades incurables del joven Enrique Busquet. Hé aquí otras cuatro:

Blasita Soupenne, de Lourdes, tenía en los ojos una enfermedad inveterada, que resistía hacía tres años á los medicamentos y al uso de aguas termales. Se consideraba indispensable una operación quirúrgica. Blasita se lavó los ojos en la gruta, y al punto sus ojos quedaron completamente sanos.

Catalina Latapie-Chouat, de Loubajac (Altos Pirineos), tenía de resultas de una luxación el brazo derecho muy débil, y dos dedos inflexibles y cerra-

dos. Obedeciendo á una premiosa inspiración, sumergió su mano en el agua de la fuente. De repente se abren los dedos y quedan flexibles, y su brazo recobra el vigor.

La Viuda Magdalena Rizan, de Nay, á consecuencia de un violento ataque de cólera en 1834, se hallaba enteramente estropeada, cojeaba, padecía dolores en la mano derecha, sus miembros estaban siempre helados, no comía apenas, no digería, vomitaba habitualmente y caía en frecuentes desmayos. En 1858 se creyó que iba á morir. Púsose á arrojar sangre, sus hinchados miembros se contrajeron, y le era imposible hacer movimiento alguno en la cama.

Bebe agua de la gruta, y siente instantáneamente curada su mano; se baña las partes enfermas de su cuerpo, y el mal desaparece, sucesiva y repentinamente echado por el agua milagrosa. Levántase la enferma, come con buen apetito, y vuelve á vivir como las personas que gozan de la mejor salud.

La señorita María Moreau, de Tartas (Landes), estaba diez meses hacía atacada de mal de ojos, y ni el más hábil tratamiento, ni los baños de mar, detenían su progreso. Iba bien pronto é inevitablemente á quedar ciega. Su familia, teniendo noticia de la prodigiosa curación de la señora Rizan, empieza una novena á Nuestra Señora de Lourdes.

La primera noche la joven enferma se acuesta con compresas de agua de Lourdes en los ojos. Al día

siguiente, al despertarse, había recobrado enteramente la vista.

Durante los cuatro primeros años se hicieron constar y se registraron *ciento cuarenta y cuatro* milagros de primer orden, sin contar centenares, millares de otros, no menos reales, aunque no tan notables.

Para gloria de la Virgen inmaculada, para consuelo de la fe y piedad de los fieles, para animar á los pobres enfermos, á los impedidos, á todos los que sufren, para confusión de los incrédulos y de los médicos impíos ó tibios, referiremos algunos otros bellos prodigios de los que se han obrado desde entonces.¹

Ellos manifiestan con irresistible evidencia la verdad de la fe católica, y de una manera especial la le-

1 Tomo estos detalles de los *Anales* de Nuestra Señora de Lourdes. Nada más auténtico que esas relaciones, debidas en su mayor parte á las mismas personas que han tenido la dicha de ser curadas por la Santísima Virgen, ó á testigos oculares, ó, finalmente, á los venerables misioneros que lo sabían por conductos los más autorizados.

En el hermoso libro de Mr. Enrique Lasserre el lector hablará la relación tan palpitante como concienzuda de otros milagros, que el autor, vuelvo á decir, ha querido averiguar por sí mismo hasta en los menores detalles, consagrando meses enteros á visitar las personas curadas, y recogiendo de su propia boca lo que él refiere con tanto encanto, con tanta fe. Asómense las lágrimas á los ojos cuando se leen tales maravillas.

gitimidad, la fecundidad divina del culto de la Virgen Santísima y de la devoción al misterio de la Concepción Inmaculada.

Sin embargo, hagamos una observación: por numerosos, por continuados que sean los milagros de Lourdes, no debe olvidarse que allí, como en los demás santuarios de María, el milagro es tal vez la excepción. Quien dice milagro, dice intervención *extraordinaria* de la Omnipotencia divina en las cosas humanas. Sería, pues, ridículo imaginarnos que basta beber agua de Lourdes, ó hacer una novena, ó ir en peregrinación á la gruta milagrosa, para quedar infaliblemente libres de una enfermedad, de una dolencia.

No basta tener una confianza muy grande y completa en la Inmaculada Concepción, sino que es necesario que esta confianza esté siempre subordinada á un profundo amor á la voluntad de Dios y á la más absoluta sumisión á las vías secretas por las cuales la Providencia las conduce. La Madre de misericordia acoge *siempre*, entiéndase bien, *siempre* oye nuestras súplicas; pero las atiende á su modo y no al nuestro; las escucha divinamente, concediéndonos lo mejor, lo más santificante para nosotros. ¡El sufrimiento es tan frecuentemente la gracia de las gracias y el más real de todos los bienes! Si la Virgen Santísima no considera oportuno el curar los males de nuestro cuerpo, siempre, no lo dudéis, obtiene y concede gracias de resignación, de fe viva, mil veces más útiles que todas las curaciones.

Dirijámonos, pues, á la Inmaculada Virgen de Lourdes con estos elevados sentimientos, los únicos dignos de corazones cristianos; y no porque no hayamos sido objeto de un milagro, como muchos otros, seamos tan necios que creamos inútil la novena, el uso confiado del agua de la gruta, la peregrinación larga y penosa, que no ha coronado una curación ardientemente pedida, con impaciencia esperada. Está fuera de duda que jamás se implora en vano á la Madre de Dios, y que nunca se recurre demasiado á su maternal corazón.

XXVII

Curación repentina de un protestante libre-pensador

Vamos á referir desde luego un milagro acompañado de cierta originalidad, y que nos ha sido contado por uno de los piadosos misioneros de Lourdes, que fué testigo ocular del mismo. Se obró en un libre-pensador protestante, quien tan distante estaba de pedirlo, que quedó, no solamente admirado, sino también mortificado.

Era un artista, Mr. Max M..., bastante conocido en uno de los principales establecimientos de aguas termales de los Pirineos. Allí dirigía con verdadero talento, durante el Verano, la orquesta de un casino-concierto. Hallábase desde algún tiempo muy afec-

tado, á causa de un lobanillo que veía crecer en su mano derecha, y cuyo progreso no podía detener la medicina ni la cirugía. En 1866 el lobanillo comprimido envano por una plancha de plomo, era casi del tamaño de un huevo, y privaba ya al pobre artista de cerrar la mano y manejar libremente el arco del violín.

Su mujer era católica; ¿hasta qué punto? Lo ignoro, pero no era protestante ni libre-pensadora. Habéndole ofrecido una amiga muy piadosa acompañarla á la gruta de Lourdes, Mr Max M... consintió en formar parte de la comitiva, que consideraba, por decirlo así, como una excursión curiosa, y no como una peregrinación.

Cuando llegaron á la gruta, no tuvo el buen gusto de descubrirse y tirar el cigarro. De pié, cubierta la cabeza, fumando en medio de todo un pueblo de peregrinos piadosamente arrodillados; contemplaba fría y desdeñosamente los detalles de la gruta.

Acercósele la amiga de su mujer, y le dijo: «Señor Max, conviene que la Santísima Virgen os cure. Venid conmigo, y bebed del agua milagrosa.» El artista se resistió, y volvió las espaldas, pero la piadosa dama insistía. «Hacedlo por mí: bebed de esta agua, está muy fresca y buena.»

«Al cabo, pensó el libre-pensador, si esta agua no me hace bien, tampoco me dañará,» y se acercó al manantial, riéndose un poco. La señora le presentó un vaso, que él se bebió de un sorbo..... El lampa-

rón había desaparecido. «¡ Ah, Dios mío! » exclamó palideciendo, y acercándose á su mujer que estaba arrodillada.

—Querida mía, le dijo muy conmovido, ostoy curado.

—Déjame, le contestó ella algo enojada, no está bien que te mofes siempre de mis convicciones.

—No me mofe, mira, observa; ya no tengo el lobanillo.

La pobre mujer no podía aún dar crédito á sus ojos. La plancha de plomo flotaba encima de la mano, cuya piel, articulaciones y carne habían recobrado repentinamente su estado normal. En unión de su amiga se prosternó bañada en lágrimas.

En cuanto á él, pálido como un muerto, no sabía qué hacerse. Descubrióse instintivamente; había tirado el cigarro, y no pudo prescindir de exclamar, de repetir en alta voz: «Estoy curado, curado de veras. La Virgen me ha curado.» El Padre misionero, que se encontraba allí, le pidió que dejase como *ex-voto* para ponerlo en la gruta la plancha de plomo con las ataduras que comprimían el lobanillo desaparecido. Consintió en ello; y actualmente se ve aún en la gruta este humilde *ex-voto*.

Mr. Max M. . . . se fué curado, mas no convertido. Esperamos que saque algún día las consecuencias lógicas de su curación tan evidentemente milagrosa, y que la Inmaculada Virgen de Lourdes lo libraré tarde ó temprano del enorme lobanillo de la herejía

que hasta ahora le ha impedido abrir los ojos á la celeste luz del Evangelio y de la Iglesia.

Los milagros no convierten siempre: testigos aquellos que obraba Nuestro Señor delante de los escribas y fariseos; pero cuando no convierten condenan sin remisión. Puede decirse de los milagros lo que de la Eucaristía se dice: *Vita bonis, mors malis*. «Para los buenos es la vida, la muerte para los malos.» Para creer, aún después de un milagro, es menester ser sincero y humilde.

XXVIII

Los ojos del niño Pedro Estournét

La señora Estournet, de Tarbes, tenía en 1864 un niño llamado Pedro, al cual criaba y vió atacado de mal de ojos. Creyendo que era uno de los males pasajeros á que están expuestos todos los niños, no le hacía caso. Un día que llevaba al niño en sus brazos, un médico, amigo de la familia, la detuvo para ver á Perico. «Tiene un poco de mal en los ojos,» dijo ella. «¡Oh! ¡tenéis un soberbio niño! ¿Pero ese mal de ojos? ¿qué es? dijo preocupado el doctor, levantando los párpados á la criaturita. ¡Desgraciada! ¡este niño va á volverse ciego!»

La pobre madre quedó fría. «¿Lo decís seriamente? ¿Es verdad?» Por toda respuesta el médico le

enseñó los ojos de Pedro: interiormente eran horrosos, eran una bola de carne enrojecida y bañada en una especie de pus. La señora Estournet se marchó desconsolada. De pronto un vivo pensamiento de fe vino á reanimarla: se acordó del agua de la gruta.

Con todo, enseñó su hijo á otro médico. «El mal es grave, muy grave, le dijo éste; motivo tenéis para temer que el niño quede ciego; quizás es demasiado tarde. ¿Por qué habéis esperado hasta ahora?» «¡Oh, Dios mío! no me lo figuraba.» exclamó la pobre madre. Dióle una receta, y cada día era necesario echar sobre el mal una gota de un líquido muy activo, que había de consumir rápidamente la carne.

La señora Estournet estaba dotada de una rara resolución de carácter y de una fe muy viva. Tomó desde luego su partido. Diríjese á la Virgen Santísima, y le dice: «¡No hay remedio! Vos, oh María, curaréis á mi hijo con el agua de la gruta.» Y arrojó al fuego la receta del médico.

Examina nuevamente los ojos de su pobre hijo, y le parecieron más atacados que nunca. Fuera de sí, cae de rodillas delante de una imagen de la Virgen, repitiendo muchas veces en alta voz: «Curádmelol ¡ah! curádmelol!»

En seguida, toda trémula, echó algunas gotas de la milagrosa agua en los ojos de Perico: las pupilas apenas se mueven; una especie de desesperación se apodera de la madre, que exclama: «¡Oh! es imposible; no, no, no curará; yo no merezco un milagro.»

Algo más tarde, no pudiendo contener su impaciencia, levanta de la cuna á su hijo, lava otra vez sus ojos con agua de la gruta, y lo toma en sus brazos para observar si miraría. Hallábanse presentes su padrastro y una mujer de la casa. Llama á Pedro y lo acaricia para moverlo á mirar: el niño abre débilmente los párpados, y con los ojos entreabiertos vuelve lentamente la cabeza hacia el lado por donde se le ha llamado. «¡Oh! ¡estará ciego!» dice la madre con dolorido acento. «No, no, ved, señora (dice la vecina), como os miral!» Turbada la madre no sabía notarlo; mas su confianza en María domina sus temores, y se resigna á esperar.

Tres días se pasaron en angustias y oraciones.

«¡Oh Nuestra Señora de Lourdes! ¡oh Virgen de la gruta, curad á mi hijo!» Tales eran á cada momento las palabras que salían de su corazón y de sus labios; las repitió millares de veces.

Cada día echaba á los ojos del niño gotas del agua de la gruta, sin aplicar remedio alguno. Al tercer día, acababa de enjugar los párpados del niño, mirándolos inquieta. Mas hé aquí que el hijo abre los ojos, los fija dulcemente en su madre, sonríe, vuelve á mirar; sus ojos eran claros y brillantes. «Estoy loca de alegría! decía al misionero á quien contó el hecho. Caí de rodillas delante de la Virgen; después, ¿qué hice? No lo sé, lo que sé es que me arrojé en brazos de la Virgen y la cubrí de besos. ¡Ah! ¡Ella me devolvía á mi hijo!»

Llegó el médico. La señora Estournet le presenta su niño, diciendo:

—Estoy contenta; lo creo curado. Pero examinadlo bien, ¿qué os parece?

—Está curado, dice el doctor después de un momento de atenta observación; se ha encontrado felizmente el remedio; ¿no es verdad?

—Pero decidme, ¿está bien curado? ¿me lo aseguráis?

—Sí.

—Pues bien, doctor, no es vuestra receta quien lo ha curado. Debo confesároslo, la arrojé al fuego.

—¡Desgraciada!

—Cuando la escribais pensaba: No servirá; yo conozco un remedio mejor. ¿Sabéis, doctor, que es lo que ha curado á mi hijo? El agua de la gruta, y sólo ella.

No se ha referido qué respuesta dió el médico.

Hoy, en 1871, Pedro Estournet tiene siete ú ocho años, mucha vivacidad y dos magníficos ojos.

XXIX

Una joven moribunda, instantáneamente vuelta á la vida

En 1858, la señorita Broca, habitante en Bordes, cerca de Tarbes, estaba enferma veinte meses hacia á consecuencia de grandes disgustos de fami-

lia. Ya no se esperaba casi nada de la medicina. Su confesor le aconsejó que hiciese una novena á la Virgen de la gruta, á lo cual repuso la señorita Broca: «¿Qué me pedis, Padre mio? ¿Creéis vos en eso?» Recuerda todavía estas palabras, y ciertamente no se las había dictado la impiedad; pues toda su vida había sido muy piadosa, y amaba tiernamente á la Santísima Virgen. Mas las apariciones de Lourdes eran entonces muy cuestionadas, y creían poco en ellas los que la rodeaban.

Fué necesario un mandato para hacerla decidir. Su sirvienta fué á buscar agua del manantial de Massabielle, y la enferma bebió de ella durante nueve días. Al concluir la novena, se le llevó el santo Viático; y durante la misa ofrecida á su intención, se sintió repentinamente aliviada; por la tarde observó que el mal se había detenido, y al día siguiente dejó la cama. Su fe en Nuestra Señora de Lourdes tornóse viva y profunda. Con todo, esto era sólo una pequeña muestra de las gracias que había de recibir más adelante. Tres meses duró la convalecencia, quedándole á la joven una fatiga habitual. En el fondo no estaba curada.

Había prometido á la Virgen ir á Lourdes á rendirle gracias. Desde entonces, en medio de las dolorosas preocupaciones que amargaban su existencia, el recuerdo de su promesa y el deseo de ver la gruta fueron su pensamiento dominante. Mas su constante debilidad y otros motivos contrariaron su pro-